

La casa muerta

No ha podido existir un niño más hermoso. Era el sol cuando

se esconde, era el potro que se encabrita en el prado, era el becerro negro. Sus ojos eran bravíos y reservados como los de las fieras y cuando corría a tus brazos las antorchas arrancaban de su mirada reflejos de oro. Fuimos hermanos mellizos.

Nuestro nacimiento tuvo consecuencias fatales para mi madre, que murió del parto unas semanas después. Se ha dicho que, tras ver a su hijo, pidió que arrojaran su cuerpo a las fieras, pero esto no es cierto. Estaba enferma y apenas podía mantenerse en pie, pero iba al cuarto donde dormía mi hermano y se quedaba mirándolo como habría hecho con el cachorro de un león.

Quién sabe qué pasaba entonces por su cabeza, en qué oscuros hechos de su pasado se detenía. Puede que en su colección de autómatas, puede que en su trato con las hechiceras de las montañas, o en aquellos animales blancos de los que le gustaba estar rodeada, puede que en alguno de sus numerosos amantes. Nuestra madre era caprichosa, como todas las mujeres, como todas las reinas. Eso es ser reina, que te sean concedidos los caprichos. ¿Quién renunciaría a la luna si tuviera el poder de hacérsela traer? Ella tenía ese poder, y no se cansaba de pedir. Pedía a los hombres caricias, al corazón palabras, a la vida deleites y maravillas. Pero pedir es exponerse, y mi madre sabía que la vida es extraña, que los deseos son extraños. ¿Por qué habría de sorprenderse de que naciera de su vientre un ser como Bruno? Es verdad que no se parecía a los otros niños, pero tampoco los reyes son como el común de los mortales y sin embargo son venerados por ellos. Mi hermano era un ser extraordinario, no importa lo que luego se dijera de él.

Bruno, ese fue el nombre que le di. Desde que era niña me gustó inventarme los nombres. A un esclavo muy dulce, cuyo aliento recordaba el aroma de las guirnaldas, le llamé Azafrán; a un viejo chambelán, con la barba pulida y blanca, Tiempo; a una criada ladrona, cuya boca se abría como una bolsa vacía, Morral. No me gustan los nombres propios porque nos separan del mundo, nos hacen creer que somos distintos a las cosas y a los seres que viven en él. Y eso no es cierto. Todos los animales tienen su lengua secreta, y hasta los objetos más minúsculos, la cuchara, por ejemplo, con que tomamos la sopa, o el toro de cristal que las muchachas llevan al cuello y que consideran su talismán, están llenos de vida. Y eso hago yo, dar a hombres y mujeres los nombres de las cosas. Recoger esa vida que no nos pertenece y transformarla en palabras que podemos guardar u ofrecer.

Llamé Bruno a mi hermano porque nació con el rostro cubierto de vello. Era un vello muy suave que con el tiempo se fue volviendo negro, hasta oscurecerlo por completo. Es eso lo que significa su nombre, moreno, oscuro, negro. Sin embargo sus ojos eran dulces,

brillantes, con destellos dorados. Recordaban los de un gato, perezosos y sin malicia hasta el instante mismo de la acometida.

No nos separábamos nunca. Era como si fuéramos en un carro que avanzaba por el sendero de un bosque y uno viviera dentro de la luz y el otro dentro de las sombras. Recuerdo que una tarde nuestra nodriza le compró a un nubio una jaula de pajarillos de los lagos de brillante plumaje y la dejó en su cuarto mientras dormía. Teníamos entonces tres años y, al despertarse, mi hermano se quedó mirando aquellas preciosas criaturas como preguntándose de dónde podían venir. Pero la puerta de la jaula estaba rota y esa misma tarde los pajarillos se escaparon. Nunca he visto mayor desconsuelo. Se quedó una semana entera sin comer, tirado en el suelo, apretando la jaula contra su pecho, y todo lo que intentábamos para distraerle resultaba inútil. Creo que se pasó la vida esperando que aquellos pájaros volvieran, que esa jaula vacía era su propio corazón.

Se parecía a ti, que tampoco tuviste nada, que fuiste el niño más pobre de la tierra. Un niño muerto. Me gusta pensar que ahora estás con él, que has crecido y caminas alegre a su lado. Llevas un cinturón de herrajes dorados, la pequeña falda bordada con plumas de pavo real y los párpados sombreados con alcohol. Los dos conocéis la magia y el habla de los muertos y él te lleva de la mano por la casa de las tinieblas. Y en su puerta estoy yo, esperando, porque donde están los muertos anda siempre la madre.

Nadie puede abandonar esa casa sombría. Ni siquiera los que nacimos en la Isla y desde muy jóvenes aprendimos el arte de los laberintos. Me acuerdo de cuando construyeron el nuestro. Fue Artífice quien lo concibió. Mi padre quería proteger a Bruno de los sacerdotes pues, cuando creció, no sabía qué hacer con él. Sus correrías fuera del palacio eran cada vez más frecuentes y transcurrían en medio del escándalo, sobre todo a partir de la noche aciaga en que mató a Pescador, nuestro primo, en una lucha. A los hombres les gusta propagar calumnias y rumores. No están contentos con nada y quieren castigar con sus calumnias a los que no son como ellos. Se han contado muchas cosas de mi hermano, y no me atrevo a decir que no sean ciertas, pues Bruno era colérico e imprevisible, sobre todo cuando se sentía perseguido, pero yo no nací para juzgarlo sino para estar a su lado. Esa es nuestra misión en el mundo: escuchar, comprender.

No era lo que hacían los sacerdotes. Los sacerdotes desprecian la vida y tienen el alma llena de odio. Empezaron a azuzar a mi hermano, cuando aún era un niño, lo más gentil de las criaturas. Hablaban de su extraña naturaleza y decían que los dioses nos castigarían por vivir a su lado. Los más vehementes afirmaban que ese castigo ya había empezado. Y es cierto que los desastres se multiplicaban y que la vida en la Isla, antes tan apacible, parecía maldita: barcos que no regresaban y cuyas cargas se hundían en las profundidades de los mares, muchachas que perdían el juicio y vagaban por las calles sin recordar el nombre de sus padres, niños que nacían amoratados e informes como vejigas, aquellas plagas de langostas que acabaron con las vides y los otros cultivos. Bruno aún era muy querido y, en el pueblo, sólo unos pocos se atrevían a relacionarle con lo que pasaba. Pero la murmuración es uno de los venenos más poderosos y poco a

poco empezó a surtir su efecto fatal. Así, un día, empezaron a cerrar las puertas cuando le veían llegar; otro, en las fiestas, algunos padres se llevaban a sus hijas cuando Bruno llegaba. Las ancianas se reunían a su espalda, agitándose como secas urracas, y los niños se escondían para tirarle piedras. En cierta ocasión se encaró con un labrador.

Bruno se acercó a él para pedirle un poco de agua, y este se mofó de él, ofreciéndole una botella de vinagre. Se enfrentaron y Bruno le golpeó hasta casi matarlo. Unos días después sucedió lo de Pescador, nuestro primo. Se pelearon en la noche misma de su boda y Bruno lo mató. Jamás había matado a nadie. Su fuerza triplicaba la de los otros muchachos, y solía participar en competiciones y juegos con ellos, pero siempre poniendo un cuidado extremo, renunciando al pleno desarrollo de su fuerza, como un león domesticado renuncia a la suya para jugar con los hombres.

La muerte de Pescador le hizo huir hacia las montañas. No era culpable y todos sabíamos que había sido Pescador quien le había desafiado, pero creo que huía de sí mismo. Porque no era sólo que hubiera matado a su primo, sino que se había ensañado con él causándole destrozos tan espantosos que ni sus propios familiares fueron capaces de reconocerlo. Huyó porque había descubierto qué tipo de fuerza guardaba y cómo, una vez se desencadenaba, no estaba sujeta al mandato de su voluntad. Que en sus honduras, como en el corazón de las tempestades, se ocultaba un poder distinto, más poderoso que todos los que había conocido, un poder que no cabía nombrar, y que era el mismo que se descubría en la caza o en la guerra: el poder de administrar la muerte.

Fue eso lo que vi en sus ojos cuando lo fui a buscar a las montañas. Nunca olvidaré esa tarde del último día de marzo. El sol declinaba y soplaban el viento norte, punzante. Toda la Isla tenía frío, los campesinos se frotaban las manos, daban fuerte con el pie en el suelo y bebían tisana de savia o licores para calentarse. A lo lejos, la cumbre de la montaña Rota aparecía salpicada de nieve. Más lejos todavía se alzaba la Gran Cordillera, donde la nieve endurecida brillaba en las profundas grietas abrigadas del viento, como una cinta blanca. El cielo centelleaba arriba, duro y resplandeciente como el bronce. Bruno estaba allí. Me acerqué a él y después de pedirle que volviera, le estreché contra mi pecho. Fue la última vez que me dejó abrazarle. Luego surgió su voz grave, oscura, como un chorro de agua brota de las entrañas de la tierra. No le entendí, pues entretanto su voz se había transformado hasta hacerse irreconocible, pero me bastó con mirarle a los ojos para darme cuenta de que había gozado al matar. Y que era eso lo que le aterraba. Habíamos descendido un trecho y la ciudad flotaba bajo nuestros pies como una tela multicolor en la que había pintadas casas, torres, murallas, olas. Caminamos sobre aquella tela tambaleante hasta encontrar el camino al palacio. Entonces nos miramos a los ojos, y yo volví a arrojarme en sus brazos, implorando una palabra o un gesto tranquilizador, pero él me rechazó.

Dos días después abandonó la Isla. Se escondió en un barco y partió hacia un destino desconocido. Y nosotros dejamos de saber de él. Pensábamos que no volveríamos a verlo, cuando regresó. Habían pasado cerca de dos años. Ya no hablaba, su garganta había duplica-

do de tamaño, oscureciendo su voz hasta hacerla irreconocible, y su mirada era intensa y sombría, una mirada sin esperanza. ¿Quién sabe qué había llegado a vivir? Nada volvió a ser como en el pasado. Mi padre, el rey, contratava danzantes y músicos para entretenerle, y organizaba juegos para que pudiera competir con los mejores atletas de la Isla, pero él enseguida se cansaba y rehuía su compañía. También la mía y la de las otras doncellas. Le bastaba con oír nuestras risas, o el sonido de nuestros pasos, para apartarse. Como si nos temiera. Sin embargo, a menudo le sorprendía espiándonos.

Yo tenía un poder que me había sido concedido por compartir con él el mismo útero, el poder de escuchar los latidos de su corazón. Recuerdo una tarde en que estaba con las otras muchachas en el jardín, y le oí avanzar entre los grandes tiestos de rosas y claveles. Un limonero estaba en flor en algún sitio y embalsamaba el aire, y la tierra recién regada exhalaba un olor a estiércol y a geranio. Al fondo del jardín, donde, en la penumbra, brillaban los aposentos de mi padre, una perdiz castañeteaba en su jaula. Y sus chasquidos se mezclaban con los latidos de su corazón. Volví la cabeza y por unos instantes nos estuvimos mirando, mientras las risas de mis compañeras, que continuaban confiadas con sus juegos, se confundían con el gorgoteo fresco y alegre del surtidor. Jamás he visto una mirada tan dolorosa. Supe que si no se acercaba a nosotras era para protegernos de sí mismo. Que ya no se fiaba de él. Circulaban por la Isla todo tipo de rumores. Hablaban de sus andanzas durante el tiempo que había permanecido fuera, de un horrible historial de crímenes y extorsiones. Se decía que forzaba a las mujeres, llevado por una lujuria insaciable, que atacaba a los pastores y mataba por placer el ganado, que se había aficionado a la carne humana. En aquellos días desapareció un niño. Encontraron unos huesecillos blancos y dieron en decir que eran suyos, y que Bruno lo había matado. El pueblo se sublevó y se organizaron patrullas nocturnas para vigilar sus movimientos. Fue sorprendido por una de ellas y se defendió causando heridas mortales a dos de los hombres. La guerra entre Bruno y los campesinos se hizo entonces abierta y mi padre tuvo que intervenir con sus soldados para protegerlo. Y un día lo condujo al palacio y le prohibió salir.

Pero Bruno se negó a obedecerle. No había matado a aquel niño, ¿por qué tenía que hacerse responsable del dolor de sus padres? Además, él era el príncipe y nadie tenía derecho a decirle lo que debía hacer. Bruno siguió saliendo del palacio por las noches y mi padre, tras un nuevo incidente, esta vez con uno de los sacerdotes, al que Bruno corneó brutalmente a la puerta del templo, ordenó detenerle. No debería haberlo hecho, pues fue el principio del fin. De nada serviría que una tarde se descubriera el cadáver del niño entre las rocas del acantilado, que sus compañeros confesaran que se había resbalado jugando, ni que se supiera que los huesos que habían dado por suyos eran los de un cervatillo.

Tampoco mi padre, el rey, volvió a mirarle con los mismos ojos. Le amaba con desesperación, pero era un hombre justo, y el temor a sus excesos ensombrecía su ánimo. Nosotras también sabíamos que no había nada que, en un momento de locura, no fuera capaz de hacer.

Y ante sus repetidos intentos de fuga, mi padre, el rey, tomó la resolución de encadenarlo. Bruno pareció enloquecer. Gemía con violencia, escupía la comida y se revolvió hasta el agotamiento contra las cadenas. Terminaba exhausto, dormido entre sus propios vómitos y orina, como un pájaro mojado envuelto en sus alas. Y mi padre sufría al verlo.

No creo que haya existido en el mundo un amor más grande y terrible que el suyo. No deberíamos tener hijos. Ha habido demasiado horror en el mundo, demasiado sufrimiento; deberíamos dejar que nuestra especie se extinguiera. Deberíamos coser el sexo de las mujeres, prohibir las cópulas, impedir que nacieran más niños. Y, en caso de que esto sucediera, matarlos. Los hijos trastornan a los hombres.

Quién sabe por qué los tienen, por qué se ocupan de ellos durante años, de alimentarlos, de limpiarles las heces, de protegerlos del frío y de las enfermedades, en vez de arrancárselos a sus madres y arrojarlos por los acantilados. Eso debería haber hecho mi padre con nosotros, sobre todo con Bruno. No debería haberle perdonado la vida, sino habérselo dado como alimento a los lobos. He oído contar que en otros lugares matan a los niños deformes. Los ciegos, los que nacen sin manos, los que brotan del vientre de sus madres hinchados como vejigas. Pero él se negó a hacerlo, a pesar de que los sacerdotes y las comadronas se lo pidieron en el momento mismo en que mi madre lo parió. ¿Acaso su cuerpo extraño no era un desafío a las leyes de los dioses, no era la señal de que se habían cometido hechos ignominiosos cuya sola mención helaba la sangre, no anunciaba acaso un castigo terrible? Pero, en vez de matarlo, mi padre, el rey, lo acogió en sus brazos como a la criatura más indefensa. ¿Quieres saber por qué? Por su belleza. Sí, aquel niño deforme lo trastornó y se pasaba las horas enteras contemplándolo, desatendiendo sus obligaciones de rey. Sólo quería estar a su lado y contemplar aquella extraña cabeza que recordaba la de los terneros recién nacidos. Pero la belleza es un peligro, pues te hace creer que puede ser comprendida. Y mi padre quiso saber quién era aquel niño y si acaso había venido al mundo a cumplir una misión que sólo él podía realizar. Y en su locura pensó lo que piensan todos los padres de sus hijos, que era como un mensajero.

Mas los niños son hermosos como reyes crueles, y para crecer necesitan devorar el corazón de los que aman. Eso hizo Bruno, mi hermano.

No le culpo, pues los ogros son los servidores del amor. Sí, eso era mi hermano, un ogro, y mi padre supo que tenía que protegerlo y alimentarlo. Por eso volvió a su pensamiento el viejo proyecto de construir para él un palacio en el que estuviera a salvo. A salvo de los demás pero, sobre todo, de sí mismo, pues los mayores peligros son los que guardamos en nuestro propio corazón. Y supo que sólo Artífice, su rival y antiguo amigo, podía construir un lugar así. Mi padre había terminado enfrentado a él, por los problemas que habían causado sus autómatas, especialmente los últimos, que exigían para funcionar corazones humanos, y lo había expulsado de la Isla. Pero ahora volvía a necesitarlo.

Artífice era el mejor constructor que existía. A él se debía la terraza

móvil del templo, el teatro de danzantes, la ternera de madera y las alas articuladas que permitían volar a los hombres. Aún más, había construido para una esclavilla a la que amaba un delicado mecanismo que detectaba con un tintineo la presencia de la muerte. Y el rey pensó que sólo él podía llevar a cabo aquel proyecto insensato, la construcción de un palacio concebido para proteger a mi hermano. Un palacio que lo retuviera a su lado para siempre. ¿Lo encuentras tan extraño? ¿No es eso lo que deseamos cuando amamos a alguien, que nuestros besos y nuestras caricias se transformen en un laberinto que no pueda abandonarse?

Pero Artífice era el más terrible aliado que pudo imaginar. Mi padre logró localizarlo tras meses de búsqueda, pero él, que, humillado por su expulsión de la Isla, había prometido no regresar jamás, se negó a atender sus deseos. El rey le suplicó, le envió regalos, llegó a prometerle las mayores riquezas, pero no pudo convencerlo. Y mandó que lo llevaran a la fuerza. Aprovechando la noche, los soldados entraron en su casa y lo secuestraron. Artífice llegó a la Isla en una jaula, causando en el puerto la hilaridad de los pescadores, y prometió en secreto vengarse de mi padre. Fue así como concibió los planos de aquel edificio que sería la admiración del mundo. Nadie sospechó que se trataba de una burla, la más pérfida que haya podido concebirse nunca.

Artífice amaba la burla. Pensaba que nuestra vida es una farsa, que los dioses nos habían concebido para hacerles reír. Esa fue su venganza. Dibujó en secreto los planos del laberinto y dirigió personalmente las obras de su construcción. Mi padre le proporcionó los materiales y los esclavos que necesitaba, y él los hizo trabajar hasta la extenuación. Muchos de ellos murieron en aquellas obras que parecían presididas por un designio fatal. Un lugar de desgracia, eso fue el laberinto desde el momento mismo en que empezó a construirse.

Aun así, cuando se terminó, maravilló a quienes lo visitaron. Yo estaba entre ellos. Lo visité junto a mi padre, los sacerdotes y las bailarinas, y admiré la proporción de sus salas y sus columnas, sus patios como bosques de piedra, sus tronos de alabastro y los luminosos frescos de las paredes: sus delfines y sus animales sagrados, sus damas azules y la graciosa disposición de sus manos, sus esbeltos muchachos, coronados de lirios y plumas de pavo real. Nunca había visto un lugar tan lleno de delicadeza, y sin embargo algo me dijo que aquel lugar ocultaba un secreto atroz. Un secreto que tenía que ver con su forma, pues su trazado era la imagen misma del mal. Aún recuerdo el malestar que me invadió al recorrer los pasillos y el enorme alivio que sentí cuando, al regresar al jardín, pude contemplar desde la terraza el suave mar perfumado y el sol que florecía en el cielo como una gigantea. Aún no podía saber que aquel palacio era el más perfecto monumento funerario que se había construido jamás. Un monumento levantado no sólo para atrapar a Bruno, sino a mi padre, el rey, y a todos los que lo amábamos. Pero espera, espera, mi niño, espera y escucha. Antes, hubo otras cosas. No, no es cierto que nuestra vida sea sólo un valle de lágrimas, como he oído decir. La vida también es juego, locura, atrevimiento. Estar al lado del abismo y no llegar a caer en él. Bruno no distinguía la vida de la muerte. Era como esas cabras

que ramonean en las paredes más abruptas de los acantilados, y que no podemos ver sin estremecimiento, aunque ellas vivan enteramente ajenas al peligro que corren. Fue aquella construcción la que lo cambió. Estaba situada junto al bosquecillo de cipreses en que había transcurrido nuestra infancia y sus muros exteriores se confundían con los de las otras habitaciones. No estaba orientada hacia el exterior ni hacia lo alto, sino hacia el interior y hacia lo bajo, hacia las profundidades de la tierra. Fue allí donde Bruno fue conducido, y de donde, en efecto, no volvió a salir... Miento. Lo hizo al menos tres veces. Era yo misma quien lo llevaba de la mano como habría hecho con un niño, como hago a menudo contigo, aunque tú, que en tantas cosas te pareces a él, raras veces me dejes acompañarte. Una de esas veces Bruno y yo bajamos hasta el puerto y visitamos la plaza donde los campesinos solían llevar sus frutas a vender. Era el tiempo de la recolección en las huertas. Las sandías engordaban hasta estallar. Todos los días los campesinos las transportaban y las amontonaban en la plaza, bajo las acacias. Había montañas de sandías, melones y calabazas. Los tomates y los pimientos estaban maduros, y berzas y cebollas se exponían en las tiendas. La tierra no cesaba de producir y los vendedores no podían seguir su ritmo. Por la tarde, cuando quedaban hortalizas y frutos sin vender, daban palmadas y los regalaban. Bruno y yo habíamos estado muchas veces allí y habíamos corrido con los otros niños a recoger la fruta que sobraba. No la necesitábamos, pues en el palacio teníamos toda la que queríamos, pero nos gustaba aquel mundo de carreras y risas, la idea de que las cosas podían ser de cualquiera, tal vez del que más las deseara. Creo que Bruno recordaba todo esto cuando aquella noche visitamos el pueblo. Yo escuchaba su respiración profunda y forzada, y el calor de su cuerpo era el calor de la fiebre. Estaba sufriendo. Yo avanzaba varios pasos detrás de él, y veía su esfuerzo al caminar y el doloroso peso de su melancolía. Pertenece al dominio de lo oscuro, de lo que permanece cerrado, concentrado en sí mismo. En esos instantes no parecía tan fuerte. Al contrario, caminaba inclinado, como si su cabeza le pesara en exceso, como si se avergonzara de su fuerza.

¿Para qué la quiero?, parecía decir. Había sido la causa de su infelicidad. Sí, era mejor ser como los pollos de perdiz, como los pequeños corderos, como las camadas de gatos, porque sólo la debilidad daba sentido a la vida.

Recorrimos en silencio las calles, deteniéndonos cada poco en los lugares que tantas veces habíamos recorrido al crecer. A menudo extendía el brazo y tocaba las piedras de las casas o la corteza de los árboles que dejábamos atrás. Se estaba despidiendo de ellos. Amaba la Isla como se ama a una cosa viva, cálida, que tiembla y que llora. Para él no estaba hecha de tierra, de piedra y de raíces de árboles, sino de mujeres, abuelos y niños que se reúnen bajo las parras. Añoraba el tiempo en que había estado con ellos, escuchando sus conversaciones y sus risas, y el espectáculo de aquella vida que fluía incansable a su lado. Por aquel entonces podía moverse a su antojo por la Isla y era amado por todos. Los varones jóvenes se disputaban ruidosamente su amistad y nosotras, las muchachas, corríamos a su lado para

ponerle guirnaldas y untar su pelo de aceite. Era alegre como un dios y nadie hubo en el juego del toro más ágil y osado que él. Todos buscaban su compañía y los niños, cuando bajaba al pueblo, le rodeaban imitando sus gestos. Incluso se ponían máscaras que recordaban su cabeza, pues en aquella época había en la Isla un fabricante de juguetes que las hacía para ellos. Todos querían ser como él y, cuando lo seguían por las calles del pueblo, su bullicio recordaba el zumbido de los saltamontes en un día de otoño. Y Bruno era feliz en esas visitas al pueblo. No había boda, bautizo o celebración a la que no fuera invitado y a la que dejara de acudir. Lo hacía con sus mejores galas, un tocado azul con leones bordados que le caía sobre los hombros desnudos, su esbelto talle ceñido por un cinturón de oro guarnecido de marfil. Y pajes negros, con presentes: collares con colgantes de cristal, jarros pintados con esencias exquisitas, rosales rociados de sangre y ámbar. Pero también le gustaba subir a las montañas y perderse solitario en los bosques, de donde a menudo tardaba días en volver.

Y nosotras, sus hermanas, lo íbamos a buscar. Sabíamos bien adónde dirigirnos para encontrarlo. Tenía un pequeño refugio en el que le gustaba quedarse. Una cabaña de paredes blancas y techumbre de paja, vieja como el mundo. Allí, bajo sus parras, permanecía largas horas contemplando la vasta planicie entre la bahía y las montañas. El mar azul lamía en la playa los restos de los navíos, y el desfile de nubes del color del vino tinto discurría lentamente tras las cumbres. Una hierba brillante, tapizada por los amarillos jaramagos, se extendía desde la ribera hasta los olivos, donde había un manantial. Le gustaba acercarse a ese manantial a beber. Lo hacía metiendo su hocico, como hace el ganado. El agua cristalina se escurría golosamente de sus bellos, y nosotras le imitábamos entre risas. Nuestros cabellos estaban espolvoreados de oro y aún conservaban el olor del incienso. Llevábamos cintas para resaltar nuestros pechos y las faldas bordadas con flores. Nos coronábamos con guirnaldas y nos atrevíamos a todo tipo de locuras, sabedoras de cuánto le gustaba vernos jugar y reír.

Es curioso, pero ante él no sentíamos vergüenza, cosa que nos pasaba con los muchachos de nuestra edad. Nos bañábamos desnudas y hasta orinábamos a su lado sin importarnos que nos pudiera ver. Hablábamos de nuestras cosas, incluso de las más íntimas, los trastornos propios de nuestra naturaleza de mujer, con la misma libertad que si nos encontráramos solas. No es cierto que no nos entendiera, que las palabras de los humanos le resultaran tan ajenas como lo son para nosotros los graznidos de las aves. Esas palabras formaban parte de su ser, le asistían en sus pensamientos y en sus fantasías. Es verdad que cada vez le fue costando más pronunciarlas, por la especial configuración de su garganta, pero nosotras, sus hermanas, le entendíamos, y donde los demás oían mugidos nosotras escuchábamos palabras. Y si en los últimos años abandonó para siempre el lenguaje de los hombres, fue porque dejó de servirle para expresar lo que sentía. Fue cuando le dio por mugir y por emitir sonidos no articulados, que semejaban los gritos y graznidos de los animales, y se hizo más inquieto y violento, como si sólo a través de

la acción y el riesgo pudiera expresarse. Pero eso fue mucho después, al final de su vida. Y nunca de forma completa, que aun en el tiempo en que permaneció encerrado en el laberinto seguía siendo sensible a las palabras, y sólo su dulce sonido le tranquilizaba y le daba un poco de felicidad.

Yo lo visitaba y sabía cuánto le gustaba que le cantara canciones o le contara historias. Especialmente las historias de los viajes de Nómada, el hombre sin cuerpo. Nómada solía visitar la Isla cada año, y el rey, nuestro padre, le ofrecía su palacio como al más querido de sus invitados. Por las noches, recibíamos en el jardín a la cabeza que hablaba con una lluvia de pétalos de rosa y de ramas de mirto, y después de comer y beber, en medio de alegres cánticos, un poco achispado por el vino, Nómada empezaba a hablarnos de las ciudades que visitaba en sus viajes, mientras Perla, nuestra hermana mayor, iba poniendo en sus labios aquella mezcla de aceite, vino, miel, queso picado y harina que hacía sus delicias.

Bruno solía vestirse primorosamente para las veladas. Llevaba botas doradas, correas en las manos, joyas en el cuerpo y pinturas en el rostro. Nómada sabía sorprender y encantarnos con sus historias, y nadie amaba más su arte que Bruno. Amaba sus palabras, las inflexiones inesperadas de su voz, capaz de imitar los sonidos más diversos, el sonido del viento, el de una puerta que se cierra, el graznido de la urraca, y amaba aquellos silencios en que su relato se remansaba como el agua en los lagos. Y amaba sobre todo el milagro de aquella cabeza que no dejaba de hablar. En ocasiones, la tensión era tan insoportable que Bruno se levantaba de su asiento y se ponía a mugir. Y también nosotras, excitadas y dichosas, nos poníamos a mugir con él, mientras Nómada sonreía satisfecho desde su bandeja. Mi rebaño, decía, ya estoy con mi rebaño. Y era entonces como si el jardín se llenara de las carreras de dulces animales desconocidos. ¡Qué felices éramos! ¡Cuántas noches nos pasamos así, y qué hermoso nos parecía todo! Era como si el mundo entero, las historias de los otros hombres hubieran sido concebidas sólo para ser contadas en aquel jardín. Aún no sabíamos que la verdadera razón por la que Nómada nos visitaba era para enterarse de nuestra propia historia. Que esa historia, la de la Isla, la de aquel muchacho que tenía la cabeza de toro, y del amor que había arrojado a su padre, el más justo de los reyes, a la locura, era su preferida y la que con más gusto iba contando por mercados y puertos, cuando nos abandonaba después de sonsacarnos todo lo que podía. Aún no sabíamos que llegaban a reunirse multitudes para oírse la contar. Dicen que nadie lo hacía como él. Reconozco que me hubiera gustado escucharla de sus labios. Estar allí, entre la multitud, y escuchar esa historia como si no me perteneciera, como si yo no hubiera formado parte de ella. Como si no hubiera sido real. Sí, me hubiera gustado saber qué contaba, en especial, del jardín y de todos aquellos años que habíamos pasado encerrados sin contacto alguno con el exterior, tal como había sido la voluntad de mi padre, el rey. Los años de nuestra niñez. Qué contaba de Bruno y qué de nosotras, sus hermanas. Qué contaba de la delicada Eco, cuya temprana muerte le causaría a Bruno la más honda herida que recibiera jamás; qué de Perla, que se pasaba todo el tiempo

adornándolo, o de Sombra, la única entre nosotras que tenía el poder de acercarse con él a los animales. Qué contaba de Alma, que se pasaba el día cocinando y recitando hermosos poemas que ella misma se inventaba, o de mí, que era su verdadera hermana. Sí, ¿qué contaba de mí? Me han dicho que en su relato me daba el nombre de Ariadna, que significa la más santa, y que hablaba de los rizos que adornaban mis cabellos, y de aquella corona que tenía la forma de una guirnalda de rosas, según él obra de un dios, como si aquellos finos adornos con joyas en forma de flores no fueran comunes entre las doncellas de la Isla. Y que luego habló del ovillo de hilo mágico que permitía recorrer el laberinto sin perderse.

¿Se lo creían de verdad? Pobre Nómada. Tomaba de las historias de los demás el elixir que necesitaba para alimentar sus propias fantasías. No lo critico, puede que sea lo que hacemos todos, ya que nadie tiene la vida que cree merecer. Su caso era aún más claro, pues las terribles mutilaciones a que había sido sometido le hacían incapaz de valerse por sí solo. La cabeza que habla, le llamaban. Nadie sabía que por debajo de aquellas palabras que a todos maravillaban seguía sintiendo el dolor de los miembros perdidos y que con frecuencia tenía que detenerse para controlar el deseo de exigir a los que estaban cerca que acabaran con él. Entonces, el flujo de sus historias se detenía, sufría intensos dolores que le hacían gemir como un niño que llama a su vieja nodriza. Hasta llegaba a desmayarse. Eran las tardes de la nieve. Había que subir a las cumbres de la montaña Rota a buscarla, porque sólo el frío lograba calmarlo. Le poníamos emplastos de nieve en la frente y la nuca y le dábamos a oler perfumes y ungüentos. Lo peinábamos y le recortábamos la barba, le cubríamos de caricias y lisonjas para que continuara con sus historias, porque queríamos saberlo todo. Cómo lograba mantenerse con vida, quién le había castigado hasta dejarle así, convertido en un despojo, y quién era aquella muchacha mercader que le había hecho perder el gusto de vivir. Porque en sus últimas visitas la melancolía había hecho presa en él, y no hay veneno mayor que ese humor que segregan nuestras glándulas.

Las palabras no lavan la sangre, eso lo he aprendido con los años. Y tampoco a él pudieron ayudarle. Creo que Bruno se dio cuenta, y que esa fue la causa de que escuchara a Nómada como escuchamos a los moribundos. Sabiendo que estaba condenado, que lo estábamos todos. Bruno permanecía inmóvil hasta que el relato terminaba y se refugiaba en el jardín donde se pasaba las noches en vela. Cogió la costumbre de subirse a los árboles y permanecer días enteros en sus copas, junto a las muñecas de bronce que colgábamos como ofrendas. Baja, le decíamos, pero él se negaba a hacerlo y nos pedía con mugidos y golpes en las ramas que lo dejáramos solo. Sólo a mí dejaba acercarse. Yo trepaba por el árbol hasta el lugar en que se escondía y le acariciaba la testuz y el hocico. No le hagas caso, le susurraba, son cosas que no existen. Sí, eso le decía, que las historias de Nómada eran como los cuentos que les contamos a los niños por el placer de verlos correr a refugiarse en nuestros brazos y que ninguna era cierta. Pero sabía que mentía. En aquellas palabras estaba la oscuridad de la vida y de nuestro propio corazón, y por eso tenían aquel poder

sobre nosotros. Sí, el corazón del hombre es oscuro, está lleno de inaplazables llamadas, de deseos tan destructores y ardientes como la lava de un volcán. He visto las cosas más atroces: padres que violan a sus hijas, amigos que se traicionan por ambición, nodrizas que se vuelven contra los niños que crían como si fueran pequeñas fieras, sacerdotes que fingen secretos para mantener encadenada la voluntad de sus fieles, soldados que torturan y matan por placer, hermanos que se enfrentan a muerte por la herencia de sus padres, parejas de amantes que terminan odiándose como perros enfermos, filósofos y poetas cuyas vidas desmienten hasta la náusea lo que proclaman en sus obras. Celos, envidia, ambición, venganza, usura, lujuria, soberbia, esos son los alimentos que mantienen viva la conciencia de los hombres.

En una ocasión, un campesino de la Isla mató a su mujer. Pasaron varias semanas hasta que se descubrió su crimen y durante todo ese tiempo tuvo el cuerpo escondido en su casa. Lo iba cortando en pedazos y los repartía por los alrededores. Descubrieron uno de los brazos junto al pozo, varios trozos en el río y, finalmente, su cabeza desfigurada entre las coles de una huerta. No sabían a quién podían pertenecer, e iban recogiendo aquellos fragmentos como quien va componiendo el enunciado de un enigma. Nadie sospechaba de él, ya que era un hombre apacible, que jamás había tenido problemas con nadie. Pero un perro vagabundo se presentó con una de las manos de la muerta en el umbral de su casa. Una mano que había encontrado quién sabe dónde y que había identificado por el olor, porque la mujer se ocupaba todos los días de darle de comer. Los vecinos llamaron a los soldados y descubrieron el horror. Las paredes llenas de sangre y el cuerpo de la mujer, del que apenas quedaba el tronco y uno de sus miembros, parcialmente cubierto de sal, para evitar la descomposición. Detuvieron al hombre, que se negó a hablar y a reconocer su crimen. Tampoco dio muestras de arrepentimiento. Fue condenado a muerte, y la sentencia se cumplió unos días después, pero todos siguieron recordando lo sucedido durante años. No podían entender qué le había hecho no sólo matar a aquella pobre mujer sino convivir con su cuerpo amputado durante días, ni el porqué de esa siembra macabra por todos los rincones del pueblo. No parecía algo humano y sin embargo la vida estaba llena de actos de horror y desafío, como si el hombre también necesitara de eso para descubrir de lo que era capaz.

De eso hablaban las últimas historias de Nómada. Bruno las escuchaba lleno de aprensión. A menudo, por su causa, se veía obligado a internarse en la oscuridad del jardín para devolver la comida. Ya no era el muchacho que sólo pensaba en correr y bajar al arroyo a beber con los animales, que sólo vivía para estar con nosotras y, aprovechando las sombras, se colaba en nuestro cuarto para acariciarnos y oírnos reír, sino que se despertaba en plena noche y, llevado por una fuerza que no comprendía, se dirigía a los bosques, para permanecer allí días enteros sin volver. Fue cuando descubrió lo que era matar. Ahora sé que debimos ayudarlo. Pero ¿cómo?, ¿qué podíamos saber nosotras de la oscuridad que había en su corazón? No habíamos salido de aquel jardín, éramos jóvenes y amábamos la vida, sus encantamientos,

su debilidad, teníamos todo lo que queríamos. Incluso cuando moría alguno de nuestros parientes, sólo pensábamos en jugar. Adornábamos su tumba con clavos dorados y flores, hacíamos ofrendas de delicadas ánforas de vivos colores en veladores con incrustaciones de marfil. Cubríamos al difunto con un sudario con leones bordados, y guardábamos sus anillos de oro y sus collares en cofrecillos esmaltados, junto a su daga y su espada. Llevábamos un hermoso corcel para sus correrías por tierras tenebrosas, y dejábamos abierta la puerta para que escuchara los cánticos fúnebres y de loor que entonábamos con nuestras voces agudas. Sí, aun entonces, en aquellas ceremonias fúnebres, era a la vida a quien servíamos. ¿Podíamos hacer otra cosa? No, no podíamos, porque para nosotras sólo ella era el enigma. La vida era lo frágil, lo inesperado, lo que teníamos que guardar y proteger, aunque no supiéramos para qué. La copa que no debía derramarse sobre el mantel, que teníamos que llevar con cuidado a los labios de los que amábamos.

Por eso nos gustaban los bailes y las fiestas, especialmente los bailes de la grulla y los juegos con el toro. Muchachos y muchachas se asían por turnos a los cuernos del toro que embestía y daban saltos mortales hacia atrás, impulsándose sobre su lomo. No era tan peligroso como muchos creían, pues estaban entrenados y siempre había algún compañero para recogerlos cuando caían. Ellas llevaban adornos vistosos, con correas, y los muchachos, piezas de cuero ribeteadas en oro que protegían sus partes viriles.

No era distinto a lo que se hacía en las danzas de la grulla. En la explanada que había frente al palacio, había una pista de baile con un laberinto, copiado en un relieve de mármol blanco, que servía para guiarnos. Bailábamos asidas a una cuerda que nos permitía mantener las distancias y seguir el dibujo sin equivocarnos, y nuestros movimientos imitaban la danza renqueante de las grullas en la época de celo. Sí, eran fiestas de primavera. El blanco, el rojo y el negro, los colores de los toros sagrados, estaban por todos lados, y los ímpetus amorosos nos llevaban a la pista de baile como a una perdiz suelen conducirla al laberinto del matorral. Pero la muerte allí sólo era un juego. Un juego en que nuestro atrevimiento no era menor que el de nuestros hermanos y amigos, que en la Isla muchachas y muchachos eran iguales en todo, y participábamos a la par en todo tipo de desafíos y competiciones. Aunque luego a nosotras no nos importara entregarles, si acaso eran ellos los ganadores, uno de nuestros bucles como prenda de amor, como decían que hacían las mujeres de otros pueblos, a las que llegaban a afeitar la cabeza al casarse para privarles del poder mágico de su cabello.

Nosotras no renunciábamos a ese poder, ni a la libertad que desde tiempo inmemorial nos había sido dada por la dinastía de reyes a la que pertenecía mi padre, y actuábamos así porque nos gustaba bromear con el amor. Sí, eso era el amor, un niño que no se cansaba de jugar con el mundo. Como tampoco lo hizo mi madre, la reina, que esa fue la causa de su afición por los autómatas, especialmente por aquellos casi perfectos que funcionaban con corazones humanos. Nadie sufrió tanto como ella a causa de las murmuraciones a que ese taller de autómatas dio lugar incluso en su propia corte, entre los que

la servían. Y nadie, salvo mi padre, la defendió. Odio a los que murmuran, a los que se reúnen a escondidas para propagar rumores mendaces que nunca verifican, sólo buscando la desgracia de los demás.

Odio a los que dicen conocer la verdad del laberinto del Hacha y pronuncian nuestros nombres para injuriarnos. Y odio, sobre todo, a los que tras oír estas injurias, y perteneciendo a nuestra misma estirpe, no se atreven a defendernos, porque el mayor pecado es negar a los que nos aman. Habría que escupirles en la boca para que no olvidaran nunca el sabor de su traición.

Y Bruno, mi hermano, estaba siempre en el centro de todas las murmuraciones. No quiero dar cuenta de lo que se dijo, porque casi nada fue cierto. Es verdad que se vio envuelto en peleas y arriesgó su vida en pruebas que a nada conducían, pero ¿qué muchacho no lo hace? Aún más, eran los otros quienes le inducían, pues los muchachos aman el riesgo y la confrontación, y todos querían rivalizar con él. Pero aquella noche su único rival fue Pescador. Fuimos a celebrar su boda, y nos descubrimos asistiendo a su funeral. A nadie habíamos amado más. Pescador era nuestro primo. Vivía en el otro extremo de la Isla, y su padre era un rico mercader cuyos barcos de velas negras recorrían los mares en todas las direcciones. Bruno y él habían sido como hermanos. Se zambullían juntos en el mar en busca de perlas y esponjas, ayudaban a los marineros a embetunar las velas de los navíos para que el agua salada no las pudriera. Aprendieron a la par la técnica del arco, a manejar el hacha sagrada, a orientarse por las estrellas y la ciencia de las medidas y los números. Compartieron la emoción de los primeros saltos del toro y sus primeras aventuras en el amor. ¿Por qué iban a querer hacerse daño?

No comprendemos el amor de los varones. El amor que sienten los padres por sus hijos, el que sienten entre sí hermanos y amigos. Es más oscuro que el nuestro, pues no sabe decir lo que quiere. Y el amor entre Pescador y Bruno fue así, torpe y oscuro como lo es siempre el amor entre los de su sexo. El amor es una invención nuestra, de las mujeres, por eso nos movemos en su mundo como pez en el agua.

A nosotras nos hace sentirnos libres, a los hombres cautivos. Por eso tenemos que enseñarles sus leyes, como se hace con esos niños a los que se sienta por primera vez a la mesa. Esa mesa, los adornos, los condimentos, el mundo de conversaciones y deleites que la acompañan

es nuestro reino, pero ellos siempre están incómodos y por mucho que nos amen desean abandonarla. Recuerdan los saltos desde los arrecifes, los desafíos con arco y jabalina, la caza y la compañía de los animales. Somos nosotras las que tenemos que enseñarles a escuchar, a ser gentiles y pacientes. Enseñarles que deben renunciar a su fuerza. El amor es ese pacto, tiene que ver con la fragilidad. Ellos renuncian a su fuerza y nosotras, a cambio, les entregamos las palabras.

Porque las palabras son una invención del amor, una invención de la madre. Todas las mujeres hablan sin parar cuando ven a sus hijos, lo hacen porque están hechizadas por ellos y no les basta con entregarles sus besos y la leche que guardan en sus pechos, sino que también quieren entregarles lo que no existe. Las alfombras voladoras, los anillos que dan la invisibilidad, los ovillos mágicos que los guiarán en el laberinto. Las palabras son ese trato con lo ausente, el deseo de

ofrecer lo que tal vez no puede existir. El mundo de la madre es el mundo de la piedad; el del padre es el de la ley. Por eso, el padre no tiene palabras. No habla, dicta. Los padres hablan para decir lo que son las cosas, las madres para pedir que sean de otra manera. Y sin embargo también los padres se sienten turbados por el amor, y, cuando ven a sus hijos, tiemblan por ellos. Pero no saben decir, y de ahí que su amor no viaje, no llegue, no ayude.

Recuerdo cuando mi padre, el rey, iba a visitarnos al jardín. Se acercaba a escondidas y se quedaba mirándonos desde la tapia donde estaban las higueras y el huerto de las legumbres, que eran un alimento que sólo nosotras podíamos disfrutar porque se pensaba que las almas de los antepasados residían en ellas y que si era un hombre el que las comía podía privarlas de renacer. También las higueras nos pertenecían sólo a nosotras, razón por la que nos gustaba jugar bajo su sombra, sobre todo en la época en que sus frutos maduraban y su olor dulzón se difundía por el aire hasta embriagarnos. Mi padre nos veía jugar desde allí y yo, que fingía no darme cuenta, lo espiaba. Toda su atención era para Bruno, que participaba en nuestros juegos como el más manso de los niños. Nos gustaba pedirle cosas y que él se desviviera por atendernos. Jugábamos a los mercados, bailábamos, fingíamos ocuparnos de niños imaginarios, fabricábamos con cañas arcos y espadas, y Bruno en todo nos obedecía. Aún más, se entregaba a aquellas quimeras como ninguna de nosotras, que conocíamos su naturaleza fingida, era capaz de hacer. Si jugábamos a las Amazonas, se comportaba como si realmente nuestro jardín estuviera en peligro y tuviéramos que defenderlo de los feroces centauros; si jugábamos a los palacios, actuaba como si estuviéramos en un banquete y aquellas hierbas y ramas que colocábamos sobre los bancos de piedra fueran los platos más exquisitos. ¡Hasta se los llegaba a comer! Le llevábamos hojas, flores, trozos de tela y él se los comía sin pestañear, como si fuera el único que se creyera de verdad esos juegos.

Y nuestro padre, el rey, lo miraba conmovido desde la tapia. Nunca me dijo qué pasaba por su cabeza, pero estoy segura de que se preguntaba quién era aquel extraño niño y por qué no podía dejar de mirarlo. En qué consistía aquella cualidad desconocida de la que sólo él parecía ser portador, una cualidad que te obligaba a hacerte las más maravillosas preguntas. Si era la primera vez que nacía un niño así, o si había otros casos semejantes en lugares desconocidos del mundo. Si alguna muchacha podría llegar a amarle y concebir un hijo suyo, si podía ser un buen rey para su pueblo, o si acaso estaba condenado a un destino de soledad y exclusión. Era entonces cuando los ojos de mi padre se llenaban de lágrimas, convencido de que, por mucho que nos empeñáramos, no podríamos protegerle porque esa cualidad tenía que ver con la muerte.

Sí, muy pronto supimos que había en él algo extraño y fatal que no acertábamos a definir o comprender. Algo que le llevaba a apartarse de nosotras y a vagar solitario en la noche. A veces oíamos sus mugidos y sus carreras en la oscuridad, el ruido que hacía al tronchar las ramas de los árboles o arremeter contra sus troncos. Eran noches interminables de las que, a la mañana siguiente, cuando por fin regresaba a nuestro lado, no recordaba nada. Lo llevábamos al pabellón

y le curábamos las pequeñas heridas que se había hecho, sobre todo en la frente, por aquella tendencia a amochar. Lo bañábamos y rociábamos de perfumes, lo acompañábamos con nuestros cantos y nuestra música hasta que se tranquilizaba.

Entonces, y antes de dormirse, nos miraba como lamentándose de lo que nos hacía sufrir y de que las cosas no pudieran ser como antes. Y no, ya no podían ser como antes. Había cumplido doce años y aquel mundo, el del jardín, el de nuestros cuidados y juegos, había dejado de bastarle. Empezó a preferir la compañía de los muchachos de su edad y a menudo se pasaba el día con ellos. A veces regresaba con las vestiduras rasgadas y señales de violencia en el cuerpo, pero, aunque le preguntábamos, se negaba a contarnos lo que hacía. Y fueron llegando a palacio las primeras quejas de los campesinos. Que si entraban en los huertos y pisaban los cultivos, que si dispersaban los rebaños, que si espían a las mujeres. Bruno era uno más en el grupo de revoltosos, pero todas las miradas convergían en él. Fue entonces cuando se transformó hasta tener el aspecto temible que le haría famoso en la Isla. Su pelo no sólo cubría toda su cabeza, sino sus hombros y parte del pecho, y cada poco se detenía para olisquear el aire, como un perro que hubiera permanecido durante mucho tiempo encerrado. Sus cuernos, que antes apenas eran dos graciosos bultos, se elevaban por encima de su frente, dándole un aspecto insolente y amenazador. Su voz áspera, interrumpida por graves sonidos guturales, semejaba cada vez más el mugido de los animales. Sus ojos, oscuros y tristes recordaban épocas remotas de la tierra, antes de que los hombres reinaran en ella, y quisieras o no tenías que amarlos cuando venía a tu encuentro. Había estado despidiéndose de sus amigos y el amor de estos venía con él como un perfume de verano.

Mi padre le afeaba su conducta, recordándole que era el príncipe y que su obligación era dar ejemplo ante el pueblo, y Bruno prometía no volver a comportarse mal. Eran los tiempos en que todavía le respetaba. A veces lo sorprendíamos temblando, como si tuviera frío porque aún fuera invierno, y nosotras lo cubríamos de caricias. Sabíamos que los muchachos a esa edad están llenos de caprichos que olvidan al poco tiempo, y todo se lo disculpábamos. Entonces empezó con aquel canto. Ignorábamos qué significaba, o si tal vez estaba invocando a alguna criatura que no conocíamos, uno de aquellos seres con los que tenía tratos cuando vagaba por los bosques. Era un lento y profundo bordoneo que brotaba de su ancho pecho, y que, cuando se mezclaba con el sonido del viento y el chirriar de las cigarras, evocaba la voz de la montaña y de los arroyos, la voz del viento contra las enramadas, de las fuerzas libres del mundo. Con su canto, las noches volvían a ser hermosas. Aparecía la luna y poco a poco, como velas que fueran encendiéndose, el cielo se poblaba de diminutas estrellas. Todo era como antes. Los ríos fluían, el grano maduraba en las espigas, los astros seguían sus órbitas, y el jardín se llenaba de flores blancas que recordaban la escarcha y la nieve. Todo lo que existía lo hacía por una razón, y hasta la más pequeña de las hormigas tenía una tarea que desempeñar. Todo estaba animado por una única

fuerza, a la que nada ni nadie era ajeno. Y Bruno se limitaba a servirla, como lo hacíamos nosotras, como lo hacían todas las criaturas del mundo.

Aquellos periodos de felicidad sólo duraban el tiempo que sus amigos tardaban en volver en su busca. Se acercaban al palacio y encendían hogueras junto a la tapia. Nosotras veíamos el resplandor de las llamas y escuchábamos sus risas y sus voces, y cómo Bruno gemía por correr a su encuentro. No podíamos luchar contra eso. Estaba unido a ellos por ese vínculo fatal que une a los varones entre sí, ese vínculo que les impone la lucha, los desafíos, las proezas sexuales.

Y, de todos los muchachos, era Pescador, nuestro primo, el que tenía sobre él una influencia mayor. Le bastaba con alzar la mano, como es costumbre entre los hombres que hacen un pacto, para que Bruno acudiera sin dudarlo a su encuentro. No podían vivir el uno sin el otro, y destacaban en todas las pruebas y competiciones, sobre todo en el juego con el toro, donde sus saltos y acrobacias eran celebrados con gritos de júbilo por la multitud. Todos acudían para ver aquellos lances que transformaban los de los otros saltadores en un pasatiempo de niños.

Pero llegó un tiempo en que Bruno empezó a apartarse de él, como si hubiera descubierto que lo que buscaba no podía hallarlo a su lado. Pescador se sintió rechazado, y cualquier ocasión le parecía buena para desafiarlo. De hecho, antes de aquella boda aciaga, hubo otros altercados provocados por esa rivalidad. En general, Bruno prefería agachar la cabeza y marcharse, y eso fue lo que trató de hacer la noche de su boda. Fue Pescador quien se lo impidió. Sé que se cuenta que Bruno y sus compañeros no estaban acostumbrados a beber vino y que, cuando olieron su fragancia, rechazaron la leche agria que les habían ofrecido y corrieron repetidas veces a llenar sus cuernos de plata. Y que en su ignorancia bebieron el licor fuerte sin mezclarlo con agua y se emborracharon de tal modo que cuando la princesa Duna, la novia, fue con su acompañamiento a la cueva para saludarlos, Bruno se levantó de un salto, derribó la mesa y la sacó de allí arrastrándola por el cabello. Y que al momento sus amigos siguieron su ejemplo vergonzoso y se arrojaron llenos de lascivia sobre las mujeres y muchachos más cercanos.

Nada de esto es verdad. No niego que debido al calor se bebiera en exceso. El vino estaba fresco y todos abusamos de él. Y a Bruno, poco acostumbrado a beber, le sentó mal y tuvo que abandonar el banquete e internarse en el bosque para refrescarse. Y la princesa Duna fue a buscarlo. No pretendía nada, salvo saber cómo estaba.

Duna era una muchacha noble y gentil que se preocupaba del bienestar de sus invitados, y amaba con locura a Pescador. Se habían conocido en el desierto, junto a la Ciudad Tallada en la Roca, y aún estaban en esos momentos en que se descubre que hay un lugar en la vida para la poesía del corazón y la aurora de las cosas, para la mirada con que se ve el mundo por primera vez. Es absurdo pensar que quisiera engañarle en la noche de su boda.

Era Pescador el que andaba buscando un motivo para desafiar a Bruno. Echó de menos a su novia y, cuando alguien le comentó que

estaba junto a él en el bosque, fue furioso en su busca. Era un hermoso lugar, no lejos de la ciudadela, poblado de viñedos y olivos, y los jóvenes enamorados iban allí para escuchar el canto del ruiseñor. Bruno estaba tumbado en el suelo y su cabeza inmensa reposaba sobre la falda de la princesa. Los iluminaba una lámpara de aceite y a su luz la escena no parecía real. Duna llevaba rizado el cabello, que formaba largos bucles sobre los hombros. Sus pestañas y cejas estaban ennegrecidas con el alcohol, sus párpados pintados con lapislázuli, sus pezones con polvo de coral. Ceñía su abierto corpiño con un apretado cinturón de oro; y la falda de siete volantes dejaba al descubierto sus pies sedosos. El aire era suave y placentero; podía percibirse el olor de las uvas maduras. Duna hablaba quedamente, con los preciosos modales y la gracia que enseñan a sus doncellas los pueblos del desierto y que embrujan a cualquier hombre, pero sólo trataba de ser amable con aquel muchacho con cabeza de toro que la había fascinado desde el primer momento por su melancolía y su delicadeza.

Eso era todo.

Pescador buscaba desde hacía años esa pelea y no le dio ocasión de explicarse. Lo atacó fuera de sí y por tres veces quiso ensartarlo con su daga. La última logró derribarlo y, revolviéndose con rapidez en el suelo, alcanzó a herirlo en un hombro. Los leones son nobles, pero sólo un loco se atreve a entrar en su guarida. Bruno se revolvió con furia y corneó a nuestro primo. Le bastó una sola embestida para dejarlo aturdido en el suelo. Luego se dio la vuelta y se alejó entre los árboles. Pensábamos que las cosas terminarían ahí, cuando nuestro primo se incorporó de un salto para correr a su encuentro. Y esta vez le hirió gravemente en la espalda. Enloquecido por el dolor, Bruno se puso a mugir, mientras se internaba entre los peñascos y las rocas negras. Me di cuenta de que no quería seguir peleando, y que se apartaba por el temor a hacerle daño. Pero Pescador, creyendo que lo tenía vencido, se lanzó decidido en su persecución. Nosotros los seguíamos a distancia y por un tiempo los perdimos de vista. El sendero nos llevó al manantial del torrente, en el que a nuestra llegada nos habíamos detenido a beber, a través del bosque de mirtos, robles y castaños. Los árboles eran cada vez más delgados, había zarzamoras madurando, el cielo se mostraba con mayor frecuencia hasta que se abrió de par en par; en el paraje crecían epigeas, abedules y florecillas de la montaña. Oí el canto de una alondra y algo mezclado con él. Cuando la alondra calló, supe que era la risa de un hombre. Bruno y mi primo estaban en un bosquecillo de abetos. Mi hermano tenía la espalda y los hombros ensangrentados y mi primo exhibía ante él su daga con una expresión de locura. Suya era la risa. Entonces Bruno levantó el hocico y, tras respirar varias veces, se decidió a atacarlo. Tuve la sensación de que una fuerza que emanaba de la tierra, bajo sus pies, tomaba posesión de él y guiaba sus actos. No parecía ser dueño de esa fuerza. Su ataque fue tan repentino que sorprendió a Pescador, quien no pudo hacer nada para eludirlo. Bruno lo corneó y golpeó repetidas veces, hasta que cayó al suelo con los miembros desencajados, como un muñeco. Ni siquiera entonces se detuvo, y volvió a cornearlo y lanzarlo por el aire. Pescador había dejado de reaccionar, y Bruno lo acometía con furia. Tuve que cerrar los ojos pues no quería ver. Los sonidos de sus golpes

me recordaban los de los niños que lloran en la oscuridad y penetraban en mi pensamiento como cuervos en un árbol muerto.

Cuando por fin volví a mirar, la cabeza y el rostro de Bruno estaban llenos de sangre, y sus ojos brillaban como si tuviera fiebre. Entonces mugió por última vez. No era un mugido de odio, o de rabia, sino de gozo. El aire inmóvil se cernió como plomo sobre las quietas copas de los árboles; las abejas callaron y los pájaros se ocultaron, acobardados, en el ramaje. Hubo entonces un profundo silencio, el silencio de un pozo sin fin al que se arroja una piedra. Pescador permanecía inerte en el suelo. Su cabeza estaba en una posición extraña, pues se había roto el cuello al caer. Bruno lo estuvo contemplando largo rato y después tendió la mano para acariciarle el cabello. Su actitud semejaba la de un perro de lenta comprensión, pero leal; la clase de perro que se tiende sobre una tumba hasta morir. Creo que empezaba a darse cuenta de lo que había hecho y de que aquello cambiaría el curso de su vida.

Tuve la sensación de que una fría serpiente se enroscaba alrededor de mis entrañas. He oído decir que Bruno estaba demasiado cerca de la tierra para llorar, pero entonces lo hizo. Permaneció un rato inclinado sobre el cuerpo de su primo y vi cómo las lágrimas brotaban de sus ojos mientras la luz de la lámpara se reflejaba en su piel dorada. Todo él ardía, aunque sin calor. Se puso de pie de un salto, como si careciese de peso y se alejó de nosotros hacia el bosque. Quise seguirlo porque me di cuenta de que necesitaría palabras y que sólo yo podía dárselas. Pero enseguida lo perdí, pues parecía caminar en el aire y a pesar de que lo estuve llamando no me respondió. No supimos de él hasta que dos semanas después se presentó en el palacio. En la Isla todos pedían justicia, pues Pescador era muy querido y su muerte había causado una gran conmoción entre sus familiares y amigos. Mi padre, para proteger a su hijo, tomó la decisión de aislarlo. Pero Bruno estaba hecho para ser libre y, aunque al principio obedeció a mi padre, muy pronto se rebeló contra él, lo que le obligó a encadenarlo. Fue cuando mandó llamar a Artífice y trazaron juntos el dibujo del laberinto. Es decir, una casa concebida para su felicidad. Sí, eso era el laberinto en el pensamiento de mi padre: un palacio secreto en el que su hijo deforme pudiera ser feliz. Ese fue su error, no darse cuenta de que los peligros mayores no estaban en los que clamaban venganza, sino en lo más hondo del corazón de su hijo.

Sí, el mayor peligro está en nuestros deseos. Se ha dicho que fue el laberinto el que lo cambió, pero yo digo que fue la muerte de su primo. Fue cuando descubrió que había en él una fuerza sobre la que no tenía control, que podía llevarle a lo más atroz. Recuerdo la noche en que decidí sacarlo a escondidas del laberinto. Fue la última vez que recorrimos juntos los lugares que conocíamos. No ha podido haber en el mundo una criatura más desdichada que él. Amaba aquellos lugares, su silencio, su quietud en la noche, pero sabía que no podía regresar a ellos. Que había algo en él que se lo impedía, algo que no controlaba, que tenía sus propias leyes. Algo que lo horrorizaba y le hacía gozar a la vez.

Yo llevaba una lámpara de aceite y Bruno caminaba a mi lado evitando exponerse a su luz. Si me detenía, también lo hacía él. Había sufrido en los últimos meses una importante transformación y no quería que le viera, pues los rasgos humanos casi habían desaparecido de su rostro. El pelo lo cubría por completo y sus miembros tensos y toscos se asemejaban cada vez más a las patas de los animales. Incluso se había vuelto más lento de comprensión, y le costaba entender mis palabras. Y él se avergonzaba ante mí, por lo que cuando iba a visitarle solía situarse en lugares sombríos donde no pudiera verlo, o sólo aceptaba que me acercara a él si previamente me vendaba los ojos. Como si no me bastara con rozarle con las yemas de mis dedos, o percibir el fuerte olor de su cuerpo para saber cómo era. Y le amaba aún más, por ser así. No, no necesitaba mis ojos, aunque también a veces me gustara mirarlo a escondidas. Fue lo que hice esa noche. Al llegar al puerto, me pidió que apagara la lámpara, pero el cielo estaba lleno de estrellas y, a su luz, vi sus ojos brillando como si tuviera fiebre. Su rostro hundido y meditabundo no era el de un malhechor, sino el de un campesino cuyo buey ha muerto.

Eso es lo que vi: la expresión de quien ha sufrido una pérdida y no sabe qué camino escoger. Había pasado a su lado los años más intensos de mi vida, y su presencia me devolvía a aquel tiempo incomparable. Me acordaba de los terneros de color miel y de sus ojos de dulce mirar, del agua corriendo entre peñascos que brillaban como mármol negro, y de cuando nos tendíamos al sol que caía a través de las hojas en el bosque rebosante de caza. ¿Por qué las cosas no podían volver a ser así? La calma se había restablecido en la Isla, como ocurre cuando los hombres viven sus vidas. La revuelta popular que pedía su muerte había sido sofocada con violencia por los soldados de mi padre, había pasado el tiempo y la gente del pueblo había olvidado las afrentas. Dejando aparte los palacios desmoronados (los soldados habían sido especialmente duros con las familias nobles rebeldes), todo estaba en calma. La tierra había sido arada, las viñas rebosaban de racimos, los rosales florecían junto al muro. Se habían levantado nuevas casas, más cómodas y alegres que las anteriores, y los alfareros habían creado un nuevo estilo, esta vez con motivos marinos. Sólo mi hermano parecía seguir viviendo ese dolor. Recuerdo que pasamos cerca de un corral. La oscuridad era completa, pero oí los mugidos y los movimientos de las vacas, y vi cómo él volvía la cabeza hacia ellas y se frotaba el hocico. Las vacas se movían excitadas en la sombra, golpeando las vallas del corral. Recordé el tiempo en que los pájaros se posaban en su mano y él traía todo tipo de criaturas a casa. Alimentó a un zorzal joven y a un cachorro de loba hasta que su madre vino a buscarlo. A mí me mordía, pero él podía manejarlo a su antojo. Sin embargo, ahora los animales le temían y esto le hacía sufrir. Entonces me pidió volver. No lo hizo con palabras, que no podía pronunciar, sino arrodillándose ante mí y frotando su cabeza contra mi vientre.

¡Era tan hermoso! Su frente era dura como un tronco, el tronco de un árbol cuya savia estuviera caliente, y sus cuernos semejaban dos lunas. Parecían la corona de un rey. Los hombres se vuelven peligrosos cuando no tienen nada que perder, pero él ya no lo era. Estaba

cansado de vivir y creía que todos respirarían con alivio cuando ya no estuviera. Sin embargo, eso no era cierto. Y ahora que contemplo el mundo sin él me parece más triste, como un banquete de boda cuando se marchan los novios.

Tampoco sin ti, Niño, el mundo es mejor. Es tarde, me he levantado a beber agua, pues no lograba conciliar el sueño. Y te he estado buscando por la casa. Pero tampoco has vuelto esta noche. ¿Te has enfadado conmigo? ¿Has dejado de quererme? Sí, ya lo sé, ha sido por aquello que dije de los niños, que no deberíamos consentir que nacieran. Que sólo nos causan tristeza. Pero no, no es verdad que lo piense. Estaba desesperada, y di en decir lo primero que se me ocurrió. Ya sabes cómo soy. Una charlatana. Hablo sin parar, sin saber lo que digo. Hablo para huir de la tristeza. Es verdad que a veces me reúno con las otras mujeres y vamos al mercado o nos refugiamos en los jardines umbríos para conversar. Y que entonces nos olvidamos de vosotros, los desaparecidos; pues para vivir hay que olvidar. Pero enseguida, sobre todo por las noches, vuelvo a sentirlos con vuestro antiguo dolor. ¡Ah, si pudiéramos tomar el corazón del otro hasta borrar de él, como se hace con un vestido que se lava y perfuma, todas las afrentas de la vida! Pero ni siquiera a los reyes les está permitido tener en sus manos el corazón de sus esclavas. Pueden comprarlas con corpiños bordados, broches de ágata, volantes con flecos de oro y gorros de esa seda que necesita un año de viaje para llegar hasta aquí, tejida con serpientes voladoras y flores desconocidas, pero no mandar sobre su corazón ni prohibirles la tristeza.

¿Por qué existirá el dolor? Las tormentas azotan los bosques dispersando a aves, ciervos y caballos; las lluvias arrasan cosechas y vides en las llanuras; las tempestades siembran de confusión y furia las aguas plácidas del mar. Pero eso no es dolor, es estropicio, daño, menoscabo. Luego viene la calma, y las cosas renacen. El dolor sólo pertenece a los hombres. Tiene que ver con esa llama que guardan en su corazón. El dolor es la luz que desprende esa llama. Se confunde con su propia conciencia. Y no queremos vivir sin conciencia, no queremos vivir sin esa llama, aunque su luz nos queme.

Así era el dolor de Bruno. Esa era la impresión que producía en sus últimos años, que estaba ardiendo por dentro y que bastaba con poner una mano sobre su piel para hacerle gritar. Y sin embargo no siempre había sido así. Ahora sabes que hubo un tiempo de felicidad. Dormíamos tan poco como los ruiseñores. Nos levantábamos al alba para comer uvas con vino y corríamos hacia los bosques mientras palidecían las estrellas. A veces, en las cumbres solitarias veíamos a los osos apartándose vacilantes de nosotras. Les hacíamos señales y ellos se detenían un momento para mirar por debajo de sus frentes pesadas. Después nos tumbábamos en la hierba, al sol, y hablábamos sin parar. Aprendíamos la lengua de los pájaros y de los animales, que imitábamos entre risas. Y desde las rocas observábamos las manadas de caballos que parecían enjambres de hormigas en la distante llanura. Sí, deberíamos habernos quedado en ese tiempo, no haberlo abandonado jamás.